

La Luz del Porvenir

Gracia 1 de

Octubre de 1891.

PRECIOS DE SUSCRICION.
Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol, 5, bajos,
y calle del Cañón, 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

PUNTOS DE SUSCRICION

En Lérida, Cármen 26, 3. En Madrid, Ballesta 4, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 23, imprenta.

SUMARIO.—Balada.—La confesión.—¡Pobre Ana!—Comunicación.—Á Rosario de Acuña.—Impresiones.

BALADA.

Un doncel estaba locamente enamorado de una hermosísima dama; mas ella no correspondía á su ardiente pasion y delirante de amor, dijóle él:

—Mis riquezas son inmensas, fabulosas; adquiriólas mi padre en lejanos y vírgenes paises donde yo me crié. Como él me las dió á su muerte, te las daré yo en vida: todas serán tuyas, todas, y con ellas cubrirás de encages tu precioso cuerpo, negras perlas adornarán tu nivea garganta, diamantes centellearán en tu lustrosa cabellera, cual centellean los astros en el cielo, y serás la reina de los salones, hermosa entre las hermosas del mundo elegante, de todos envidiada y adorada. ¿Díme, luz de mis ojos, me querrás si esto hago por tí?

Ella meneó la cabeza; una imperceptible sonrisa de desprecio vagó por sus lábios encantadores, semejantes á entreabierto capullo y contestó muy bajito: No.

—Pues bien, prosiguió el mancebo. Si tu alma de nobles y levantados pensamientos no aspira á tales en verdad mezquinas vanidades, yo te llevaré á remotas tierras y verás cuanto el mundo encierra de artístico y la naturaleza de maravilloso; palmo á palmo te enseñaré la pequeña Europa y el viejo continente de civilizacion caduca; y luego iremos á los pueblos jóvenes de América y de Oceanía donde luce en todo su esplendor el sol de la libertad. Y la sangre de la democracia que por tus venas corre se vivificará al contacto de aquella atmósfera que enardece todos los impulsos generosos, todas las voluntades santas; y en los industriosos Estados-Unidos y en la feracísima Australia, verás las razas nuevas, porvenir de nuestro mundo civilizado, y al contemplarlas tan bellas en su físico, tan dignas en su alma, querrás vivir y morir entre ellas, porque la libertad te rejuvenecerá y dirá á tu pensamiento, vuela, y por ella penetrarás á donde no penetran los grandes ni los sábios de esta carcomida porcion del planeta, porque donde no hay libertad, no se remontan la inteligencia, ni el sentimiento. Verás cuán bien cuadra á tus aspiraciones aquella culta y noble sociedad. Contesta, sol de mi vida, ¿quieres venir?

Al oír hablar de las maravillas de la libertad, la dama de los lindos ojos, recordó que su padre y su abuelo habian muerto luchando por tan noble causa: ella tambien habia estado rendidamente enamorada de todo cuanto redimía el humano pensamiento, mas, habia sufrido tanto que su corazón estaba cansado y viejo y no

abrigaba ya mas ideales que morir en el terruño que la vió nacer; así es que á tan seductores ofrecimientos, el recuerdo de pasadas amarguras, veló su hechicero rostro y lanzando un suspiro, dijo: Ya es tarde, no.

El apasionado amante no se dió por vencido y así continuó:

—Ya sé que adoras tu pátria apesar de sus ingratitudes, que por ella derramarías tu sangre, cual en otros tiempos lo hicieron los tuyos. Si bajo este cielo encantador, eres feliz, no lo abandones por otros cielos mas encantadores, créelo; á mí me basta vivir contemplando el cielo de tus serenos ojos. Quedémonos pues aquí y empleemos nuestra vida en filantrópicas empresas: fundaremos casas de maternidad dónde las madres que la naturaleza hizo cuiden de los tiernos pequeños; levantaremos grandes barriadas de higiénicas y limpias casitas para los pobres, y tú que tanto has deseado dar, socorrerás á la cuitada viuda, al enfermo triste, al desvalido abandonado y los remediarás del modo que tu alma grande soñó, no con el óbolo denigrante de la limosna, sinó dignificando á todos en su trabajo. ¡Oh! media pátria tuya puedes regenerar con el oro de mi padre y con los impulsos de tu alma nobilísima. Yo te ayudaré y mi corazón latirá al unísono del tuyo en todo lo bueno, lo bello y lo verdadero. ¿Me amarás así, bien mio?

Ante la idea de consolar al que sufría, la señora de levantados sentimientos titubeó un momento, medio minuto no mas. El jóven esperaba anhelante su resolución, mas esta le fué adversa: bajó ella la cabeza y en sus claros ojos leyó él una negativa que los labios no se atrevían á pronunciar.

El apasionado doncel buscó en su mente argumentos que pudieran rendir aquel corazón para todos blando sino es para él y hallólos muy pronto. Tres lindos niños jugaban mas allá; satisfechos con el descuido propio de los pocos años y alegres como pájaros.

—Mira tus hijos, díjole. Sé que eres madre excelente, que tu amor para ellos raya en lo sublime, en lo inconcebible y se acerca al amor divino. Si es cierto que así los amas, dales una prueba de cariño, casándote conmigo. Prácticamente has conocido la pobreza, sabes cuales son sus compañeras, la angustia, la enfermedad, la tristeza..... sé mi esposa y tus hijos ocuparán anchísimo asiento en el banquete de la vida.

—¿Y qué me importa que mis hijos sean ricos sino son buenos? exclamó la mejor de las madres en un arranque de moral cristianísima. No quiero tanta riqueza para ellos, porque se ensoberbecerán; quiero que se amasen riquezas en el cielo donde según la expresion del Redentor, no las corroe el orín, ni las roban los ladrones. Guarda tu oro, mancebo generoso, no lo deseo. He gastado las fuerzas de mi vida en luchas estériles aquí, quizá en mundo mejor recoja algun fruto, pero estoy cansada y solo aspiro á hacer de mis hijos, espíritus mejores que yo. Los contínuos desengaños, las infinitas amarguras han hecho de mí un sér que cumple sus deberes por sentimiento de justicia. ¡Ojalá los tres ángeles que Dios á mi cuidado confió, sepan cumplir en la tierra por sentimiento de amor! A ello aplicaré todas mis fuerzas. En cuanto á mí nada puede cambiarme ya; yo que siempre luché con la pobreza, me siento ahora sin ánimo para luchar con riquezas y seguiré siendo lo que fuí con mis dudas, con el contínuo descontento de mí misma, con mis inútiles tentativas de mejoría, con la eterna esperanza de una felicidad que no hallaré sinó cuando mi alma libre de las trabas de la materia vuele á las etéreas regiones, do brilla la divina luz. Déjame vejetar, no espero nada de mí, no puedo amarte, no.

—¡Oh! por piedad, exclamó el enamorado jóven, ¡quiero morir!

Conmovida por tan acerbo dolor, la dama de hermoso rostro contestó:

—No mueras, no, porque una mujer no corresponda á tu ardiente amor; bella es la vida, cuando á la dorada juventud rodean riquezas é inteligencia; quien como tú recibió dones á manos llenas, hará vibrar mil corazones mas jóvenes y mejores que el mio, corazones que no se habrán abierto mas que á la esperanza y en cuyo fondo la duda y el desengaño no habrán hecho surgir un lago de amargura como el que existe en el mio, cuya hiel me lleva á ratos á una misantropía casi injusta. No puedo olvidar las inmensas desventuras de mi vida, causadas por todos en general y por cada uno en particular en esta sociedad que blasona de cristiana. Oye una historia; ella te hará leer en mi alma como en un libro abierto.

Una muchacha pobre, que llamaremos Lina, amaba con pasión á un joven obrero que nunca soñó en ella. La infeliz no reunía ventaja alguna para ser correspondida, pues era huérfana, habia padecido mucho, trabajaba dia y noche y la falta de alimento y el exceso de penas habian hecho de ella una mujer vieja antes de tiempo: nunca cual las señoras de clase acomodada, alcanzó ella la plenitud de sus gracias; fué niña y decrepita todo á un tiempo. Solo una cosa la salvaba en tan desgraciado amor, el hombre por quien ella moría era un individuo de su clase, de esa inmensa muchedumbre que forma la mayoría de las naciones, que produce y apenas consume. Ella le dijo un dia: yo conseguiré ganar tu corazón. Y él contestó; ¡Imposible!

Tenia el joven una madre á quien amaba con delirio; él era su único sostén; no habia allí ni padre, ni hermanos, ni nadie; el uno habia desertado de su hogar, los otros habian muerto. Vino la quinta y tuvo él que dar su contingente á la horrosa contribución de sangre. La desesperación de madre é hijo fué inmensa: el servicio militar significaba la separación, el abandono de la infeliz anciana. Mas he aquí que Lina acudió al socorro de los dos atribulados seres. Reunía ella condiciones para recibir no sé que manda legada por rico señor y años hacía que para ello estaba apuntada, aunque no era tiempo todavía para que la cobrara; pero tanto ella anduvo y vino, tales diligencias hizo, tantos obstáculos allanó que al fin pudo haber la cantidad deseada y entrególa á la madre para comprar sustituto á su hijo. Y cuando la pobre vieja la estrechaba contra su corazón llamándola su hija, su ángel y su Providencia, ella le preguntó al redimido: ¿Dí me amas ahora? Y él contestó:

—Muy agradecido quedo, dispon de mí como de un hermano, mas, no. Calló la joven y nunca volvió á hacer alusión á sus sentimientos. Pasó tiempo: la anciana mujer que tanto habia ella deseado por suegra, enfermó. Los médicos pronosticaron que el caso era fatal; pero la muerte, la bienhechora muerte que tantos problemas resuelve en la vida de los pobres, estaba lejana aún. Como no habia dinero, no habia tampoco quien cuidara de la doliente. Entonces la enamorada doncella, robó horas á su sueño y cercenó parte de su ya escaso alimento para atender á la enferma. Esto duró tres meses, al cabo de los cuales expiró la anciana. En vano esperó la afligida niña una palabra de sus labios, una frase dirigida á su hijo, que le hiciera concebir alguna esperanza. En aquella inteligencia se habia apagado la luz, aquel corazón no podia interpretar los sentimientos de agradecimiento que sin duda desbordaban allá en el fondo del alma de la infeliz moribunda. Lina la amortajó y lloró por ella como años anteriores llorara por su propia madre. El hijo, con otros dos compañeros y un perrito, acompañó el cadáver. Cuando volvió á su casa la joven estaba limpiando la mortuoria habitación. Quedóse él perplejo ante ella y con profunda lástima contempló su pálido rostro, su frente enjuta, sus anchas oje-

ras. El semblante del obrero expresaba tanta piedad y tal benevolencia que ella se equivocó acerca de estos sentimientos y se atrevió á preguntarle: ¿Me amas ahora? Y replicó él:

—¡Oh! perdóname, soy un ser desnaturalizado porque no puedo amarte, no.

Entónces ella, triste y silenciosa se alejó de él. El obrero trabajaba entónces con alguna suerte y quiso compensar en parte, los inmensos beneficios que de Lina habia recibido, mas ella mudó de barrio y la perdió de vista. No bien habia transcurrido un año cuando á oídos de aquella mujer sublime llegó la noticia de que el hombre á quien en secreto ella siempre adoraba, estaba enfermo en el hospital. Volar al asilo, sacarle de allí, y llevarle á su casa, todo fué uno. No disponia por toda habitación mas que de un cuartito y una cocina, pero ella lo acomodó en el mejor sitio, llamó á un buen médico y empeñando una cosa y vendiendo otra y haciendo verdaderos milagros lo cuidó cual una buena madre hubiera cuidado al hijo mas querido. Al cabo de tres ó cuatro semanas, levantóse el jóven de la cama; estaba tan pálido, tan débil y triste que mas no podia ser. Apesar de eso quiso buscar trabajo enseguida, mas ella no lo consintió y guardólo en su casa unos dias más. Repuesto ya, marchóse el obrero: se fué con lágrimas en los ojos; sin saber porque sentia un desconsuelo inmenso; ella no se atrevió esta vez á dirigirle la pregunta de siempre y quedóse con el dolor resignado del que ama sin esperanzas de verse correspondido.

Pasaron algunos dias, muy pocos, y el jóven fué á visitar á su bienhechora.

Estaba sentada en una maceta vuelta al revés y las lágrimas caian hilo á hilo sobre sus secas mejillas. Ni en la cocina, ni en el cuarto habia absolutamente ningun mueble.

El obrero lo adivinó todo ¿Porqué lloras? le preguntó: Te han despedido de la casa, te han quitado la miseria que tenias, bien lo veo; pero no te aflijas por ello: tú eres para mí, mi hermana, mi madre, mi angel bueno, tú eres lo que mas sagrado tengo en el mundo; yo trabajaré para los dos y antes faltará para mí que para tí.

Gracias por tu buena intención, contestó Lina, mas no lloro por lo que tú te figuras.

—¿Lloras pues por mí?

—No; repuso ella suavemente. No lloro mis ilusiones perdidas, ni mi pobreza, ni mi aislamiento; lloro por mi honra mancillada.

¿Què es eso? prorrumpió el jóven dando un salto como de corzo herido. ¿Quién se ha atrevido á llegarte á un pelo de la ropa? ¡Guay del desgraciado que tal haya hecho!

—Pues ese eres tú, contestó Lina. Involuntariamente me has hecho perder el aprecio de las gentes. Te he tenido en mi casa y ni los vecinos, ni mis compañeras de trabajo creen ya en mi inocencia. Si he pretendido disculparme, me han dicho que no me burlára de ellos y me han vuelto la espalda. Me sacan de esta casa por lo que debo y me han despedido del taller porque no soy una chica honrada.

—¡Oh! exclamó el obrero en un arranque de justicia, de agradecimiento y de amor. Ven á mis brazos, Lina, tú serás mi dulce esposa. Basta de sacrificios que el mundo no comprende; ven contra mi corazón, mi felicidad, mis sueños, mi todo lo constituirás tú.

Así habló al rico y enamorado doncel, la dama por quién él suspiraba. Cuando hubo concluído quedáronse los dos silenciosos; él recapacitaba que el desprendi-

miento en peso de su fortuna no valía un acto de los de la humilde trabajadora; por fin atrevióse á hablar y dijo: Estamos tú y yo en condiciones muy diferentes de esos infelices proletarios ¿Qué tiene que ver su historia con la nuestra?

—Mucho; contestó la señora de clara inteligencia y de cansado corazón. ¿Dí, puedes perder por mí lo que Lina ó cualquiera otra mujer pierde tan fácilmente por un hombre, en esta infame sociedad?

—No; respondió débilmente el mancebo.

—Pues cuando en este mundo haya justicia, cuando un mismo rasero mida las faltas del hombre y de la mujer, cuando las acciones del sexo fuerte, no se juzguen como ahora con sobrada benevolencia y las del sexo débil con excesiva dureza entónces te amaré. Aguarda pues mi amor para otros mundos y en tanto consagra tu corazón á quien le corresponda. Por mi parte he amado y llorado ya demasiado y tengo tanta hambre y sed de justicia que solo deseo irme á donde brille para todos el sol de la verdad.

MATILDE RAS.

LA CONFESIÓN.

Tendida en su blanco lecho
Y ríjida, y cadavérica,
Está la inocente niña:
En tanto á su cabecera,
El padre, suspira ahogado,
Y la madre, llora y reza,
Ambos con los ojos fijos
En la interesante enferma....

Ambos absorbiendo ansiosos
Los instantes que le quedan,
Y ambos al par contemplando
Aquella figura yerta,
Que en mas venturosos días
Fué la perla de las perlas.
Aquella frente, marchita,
Contraída amarillenta,

Que era en tiempos no lejanos,
Alabastrino y poética...
Aquellos lábios ya blancos,
Que la ardiente fiebre seca,
Antes, por lo purpurinos,
Rosa de Mayo entreabierta,
Los ojos que semejaron
Resplandecientes estrellas.

Entornados y sin brillo,
Velados por la trizteza.
Aquel pecho deprimido
Que hermoso y turgente era...
Aquellas enjutas manos,
Suaves antes, cual la seda,
Las purísimas mejillas,
Sin color, sin transparencia,
Que el lindo jazmin y rosa

Cambiaron por triste cera,
¡Ah! ¡desventurado padre!
¡Cómo sufre! ¡Cómo tiembla!
Cómo siente traspasado
Su pecho, por cien saetas!...
Pero ¿y la madre? ¿y la madre?
¿Y aquella madre que cuenta
Los segundos que la muerte
A su pobre hija le deja?
Que suspira por su aliento...
Que con la boca entreabierta...
Y jaciente, parece...
Que la que agoniza es ella,
Que siente que en vez de sangre
Hielo corre por sus venas;
Que su corazón dá saltos,
Y se agita, y se revuelca,
Y amenaza con salirsele
Si en su sitio no le aprieta?
Mas no importa este suplicio;
No importa esta horrible pena...
Son católicos, y deben
Redoblar tanta crudeza.

Deben llamar al ministro
De las vestiduras negras,
Porque la amada paciente
Vaya á los cielos derecha,
Y le llaman... y él acude...
Con su abultada cabeza...
Con sus ojos sin amor,
Su ignorancia y su soberbia.
¡Ah! le dice el triste padre:
—Trátela usted con ternera,

Por que es un angel. . un angel,
De bondad y de inocencia.
Y añade la infeliz madre:
—Padre mio: ¿no sirviera
Si yo sobre mí cargára
Ante Dios y ante su iglesia
Con las culpas de mi hija,
Dispensándosele á ella
La amargura de este trago
Que agravará su dolencia?
¡Padre, padre, es tan sencilla,
Tan virtuosa, tan buena,
Que bien puede ir á la gloria
Sin que tanta hiel absuerba.
El cura, avinagra el rostro
Y exclama con violencia:
—Cada cual paga lo sayo,
Señora, y si no confiesa,
Acaso ya en el infierno
La está esperando la hoguera.
La madre, dá un grito agudo,
Y sin movimiento queda.
Y á ver á la moribunda,
El hombre negro penetra,
Poco después, se oyen voces
Rudas, fuertes y altaneras,
Que sin compasión á nada
Murmuran con aspereza:
—¡Mira que vas á morir;
Nada ocultes indiscreta;

Porque Dios te vá á juzgar
Con su justicia suprema!
Encomiéndale tu alma,
Porque el cuerpo vá á la tierra;
Y allí lleno de gusanos
Y convertido en materia,
Quedará hasta el gran juicio..
—Por Dios, madre, que me aterra...
(Replica una voz muy débil.)
—Deja las cosas terrenas,
¡Piensa que vas á morir....!
(Insiste el hombre de piedra)
Y dime todas tus culpas...
¿Has amado?—Con largueza
—¿Y ha sido á muchos?—A todos...
¿Y cuánta acción deshonestas
Has cometido?—No entiendo...
De pronto, un rujido suena,
Y el hombre negro vé un rostro,
Que lívido le contempla,
Una mano que le oprime
El cuello, con loca fuerza,
Y oye una voz que le dice:
Furia: sal de esa vivienda;
Porque estás con tus palabras
Prostituyendo á una muerta.
Sal, que si Dios aprobára
Tu abyección y tu bajeza,
Entonces, renegaría
De ese Dios de las miserias.

ÁNGELES LOPEZ DE AYALA.

¡POBRE ANA!

Un vestido de seda desecho de alguna señora, remendado con pedazos de percal de varios colores, cubre el cuerpo de la infeliz Ana. Su peinado escesivamente alto adornado con quincalla vieja, su andar de cómica majestad hacen de ella un ser ridículo, que el ignorante vulgo la escarnece, dándole un apodo tan repugnante que la pobre se exaspera, y de su boca salen groserías é insultos. Siendo jóven trabajaba en una fábrica, una máquina, magulló su cabeza dejándola en tan deplorable estado. Inofensiva sino se la insulta, vive contenta en medio de su miseria. Sentada en una taberna come abundante cocido (sobras sin duda de alguna mesa de señores) mezclada con hombres tan ignorantes casi como ella goza y rie cuando le dirijen chanzas y piropos, no dejándole comprender su estado moral, la befa de que es objeto.

Un dia la ví rodeada de chiquillos callejeros que arrojándole pequeñas piedras gozaban haciéndole exasperar. Sus ojos despedían llamas, y sus labios blasfemias, y maldiciones. Dominando la repulsión que me causó aquel grupo de ignorancia me acerqué á él y dije á los niños: Basta ya de insultos, ¡pobre mujer! Dejádla. Idos pronto. Los niños se fueron gritándola por su apodo; lo que acabó de enfurecerla. Habian desaparecido de nuestros ojos y Ana aun seguia apostrofándoles.

Vamos, vamos, le dije, sosiéguese V. ya están fuera. Su semblante se humanizó y contestó con voz bastante sosegada:

¡Oh señora, son muy malos los chicos de esta calle! pero sus madres tienen la culpa. Ana tenía razón. ¿Pero como pueden sus madres corregir á sus hijos si son las primeras que faltan? ¿Como pueden enseñarles la compasión hacia la desgracia si son las primeras en escarnecerla?

Los pequeños siguen el ejemplo de los mayores, y así vejeta la infeliz Ana, sola pobre, escarnecida, y sin que una luz ilumine las tinieblas que envuelven su espíritu. Nunca olvidaré la mirada que me dirigió, cuando deseosa de calmar su excitación le hablé. En sus ojos ví un destello de inteligencia, de que carece cuando se le habla de un defecto físico que la pobre no puede remediar.

Si los seres compasivos que alimentan su cuerpo, le diesen el pan del alma, algo adelantaría este ser, otra sería su existencia, y la moral ganaría mucho no oyendo los disparates que salen de sus labios cuando la cólera le ciega. ¡Pero gozan tanto las gentes de buen humor escuchando sandeces de los pobres de entendimiento! ¿Cuándo se acabará tanta ignorancia? Cuando los sábios de hoy comprendiendo que son ignorantes, no se dejarán cegar por el orgullo, entonces, estudiarán mas; serán mas sábios, mas buenos, y cuando los ricos sean ricos tambien en bienes morales, entonces el oro unido à la ciencia emprenderá con actividad la redención del género humano.

ANTONIA PAGÉS.

COMUNICACIÓN.

Yo era; yo soy; yo seré eternamente; soy efecto y á la vez causa, soy efecto de una causa superior, y causa de efectos inferiores; yo vivía y despues de haber desaparecido de la Tierra, causando suspiros á séres de mi afinidad que me creen ó me consideran perdida en el caos del gran todo, me siento vivir, pensar y amarles. ¡Oh madre amada! no se han roto, no, los lazos de amor que tuvieron principio segun tu conocimiento, en el primer beso que estampastes en mi frente; en el primer dolor y en la primera amargura que padecistes por mí; y esto me hace llamar tu atención sobre la eterna realidad de la vida, sobre la realidad de las realidades, que es la eternidad de todo cuanto Dios ha creado para que pretendas estudiar la ley que endulza las amarguras de la vida humana, con las compensaciones ajustadas al mérito ó desmérito de las obras.

Yo te amaba, yo te amo, y este, este amor inmenso que por tí siento, es el que me hace acometer la empresa tal vez contraproducente, de llamar tu atención sobre lo que no te impresiona; tal vez sobre lo que para tí no existe porque no tienes facultades con que apreciarlo: pero que, apesar de todo esto óyeme:

La vida no concluye nunca, porque es la eterna manifestación del pensamiento de Dios. Las transformaciones que todos las séres y las cosas sufren son el mas eficaz reactivo para las conciencias que no han querido ocuparse de su eterno porvenir; escucha, medita, compara y ten presente que si lo antes dicho no es verdad, el sér humano no debe luchar por la existencia; lucha constante que sostiene el fuego de la vida, y que si hay un término en la nada para todo lo que es, puede considerarse como llama que se extingue cuando le falta el combustible que devora ó transforma. No es menester ninguna gran inteligencia para pensar, sentir y

analizar, cada sér en su esfera de acción que por algo vive, por algo sufre, por algo goza, por algo espera, por algo desea, ese algo, esta eternidad del pensamiento que espera.—M. G. O.

A Rosario de Acuña.

Antes de conocer el gran problema
que á tu obra de argumento le servía,
supuse. con razón que flotaría
sobre tí, de la envidia el anatema.

Pues, ¿cómo perdonar á la que el lema
del vil explotador rasga á porfía?
Fuera acatar, sin duda, tu valía
y el encono rechaza tal sistema.

Pero ¿qué importa á tu esplendor radiante
el loco empeño y los esfuerzos vanos,
con que pretende el mísero intrigante
eclipsar tus destellos soberanos?
¡¡¡Tanto más colosal es el gigante,
cuanto más le circundan los enanos.!!!

ÁNGELES LÓPEZ DE AYALA.

IMPRESIONES.

MI VIAJE AL FERROL.

Queridísima hermana Amalia: Todavía bajo la gratísima impresión que en mí produjo nuestra estancia en el Ferrol, voy á hacerte una ligera reseña de mi visita á dicho punto para que la publiques si te parece oportuno, en tu periódico y puedan apreciar las lectoras de la LUZ el entusiasmo que anima á los inolvidables espiritistas del "Centro la Reencarnación," de dicho pueblo.

Empezaré por decirte que me gustó muchísimo la hermosa población. Su poética vía, sus frondosas campiñas, y los preciosos pueblecillos diseminados por la costa, dan un aspecto tan risueño y encantador á la ciudad que hacen pensar al viajero que los contempla por primera vez, se halla transportado á la poética Suiza; pero nada me causó tan grata sensación como la cariñosísima acogida que nos dispensaron los espiritistas del Ferrol. No nos conocían personalmente y les bastó saber que profesábamos la misma doctrina para que nos recibieran con el mayor entusiasmo; esto te probará queridísima Amalia, el influjo que en todos ejerce nuestra consoladora filosofía, cuando á través de las distancias y en medio de la indiferencia y egoísmo que impera en este planeta nuestra sublime creencia hace que el hielo se derrita, y la esperanza, de encontrar algunos séres cuyas aspiraciones se identifican con las nuestras, hace latir de júbilo nuestro corazón, nos da valor para soportar las penas de este mundo y nos comunica inmensas esperanzas de ver todos unidos en algún día no lejano realizados nuestros hermosos ideales.

Yo solo sé decirte que nunca fuí tan feliz como los dichosos momentos que pasé en unión de los hermanos del Ferrol; su memoria jamás se borrará de mi alma y tan grande es la gratitud que atesora mi corazón á las delicadas atenciones que nos dispensaron, que no encuentro frases para demostrarles mis sentimientos.

Termino haciendo fervientes votos por la prosperidad y engrandecimiento del Centro y porque nuestra regeneradora doctrina, se extienda por todos los ámbitos del planeta y haga sentir su halagador influjo á todos los séres que pueblan los infinitos mundos que adornan el universo.

Coruña 26 de Agosto de 1891

REGINA GOYANES